

Dios, y hombres nuevos hechos á imágen del mismo Jesucristo.

Hermanos míos, acercaos á la Santísima Virgen, y vivid siempre junto á ella. Si sois inocentes, ella es el árbol de la vida, cuyo fruto os conservará en la vida del espíritu. Si sois pecadores, ella es el arco iris de la esperanza, que os promete el perdón y la reconciliación. Si sois penitentes, y por la penitencia justos, vivid en su Corazón, que es el tabernáculo de Dios para habitar con nosotros. María es vida, dulzura y esperanza nuestra. Amémosla y sentiremos los felices efectos de esos hermosos caracteres de nuestra Reina y nuestra Madre.

TERCERA PLATICA.

Salutate Mariam.

(Ad Rom. XVI, 6.)

CONOCEIS ya, hermanos míos, á la Santísima Virgen; conoceis los tesoros de gracia que en ella ha depositado el Omnipotente, y los tesoros de misericordia que por su medio ha derramado sobre nosotros. Al contemplar estas inefables bondades, cuán dulce es al corazón el armonioso cántico de la gratitud y la alabanza con que acabais de bendecir á Dios y á María. «Gracias á Dios, habeis cantado: gracias á Dios porque os hizo su Madre, porque os hizo su Hija, porque os hizo su Esposa, porque os hizo Inmaculada, porque os hizo tan santa, porque os hizo tan sabia, porque sois mi refugio, porque sois mi alegría, porque sois mi esperanza.»

Repetidlo mil y mil veces (1), hermanos míos, y ni un día ni una hora pase en nuestra vida sin que del

(1) Alabanzas á la Santísima Virgen, que se cantan siete veces durante el ejercicio en obsequio de su sagrado Corazón, que celebra la Real Archicofradía el último día de sus funciones.

fondo del corazon se exhale como perfume que suba hasta el trono de nuestra Madre. ¡Oh cuán grato le será! ¡Cuántas bendiciones hará descender sobre nosotros!

Deseoso de grabar estas ideas en vosotros, al dirigiros la palabra por última vez dando fin á estos santos ejercicios, no puedo menos de deciros lo que San Pablo á los Romanos, hablándoles de una noble cristiana: *Salutate Mariam* (1). Saludad á María, hermanos míos, y saludadla cumpliendo los deberes de una tierna devoción. ¿Sabeis en qué consiste esta devoción, y cuáles son los sentimientos que la forman? Escuchadme: os lo diré en breves palabras.

La devoción, según la doctrina de Santo Tomás, es la consagración del corazón al objeto de ella para pertenecerle en un todo, dando expansión á los sentimientos que inspira el conocimiento de sus perfecciones (2). ¿Y qué sentimientos nos inspira el conocimiento de la Santísima Virgen? Contempladla, y ante todo descubriéis en ella la plenitud de la gracia, que le fué concedida desde su primer instante (3), y que la eleva sobre los ángeles (4), haciéndola imagen viva de Dios (5). Hija primogénita del Altísimo (6), cuya grandeza es sin medida (7), la vereis como vid que germina siempre creciendo en santidad (8), y elevándose de virtud en virtud

(1) Rom. XVI, 6.

(2) Devotio dicitur à devovendo.... unde devotio nihil aliud esse videtur quam voluntas quædam prompte tradendi se ad ea, quæ pertinent ad Dei famulatum. (S. Thom. 2, 2, quæst. 81, art. 1.)

(3) Bene gratia plena dicitur: quia cæteris per partes præstatur, Mariæ vero tota simul se infudit plenitudo gratiæ. (Sofron., Serm. de Assumpt.)

(4) S. Thom., Opusc. 8, de Salut. angel.

(5) Viva imago Dei. (S. Joann. Damasc., Orat. de Nativ. B. M. V.)

(6) Eccli. XXIV, 5.

(7) Tuæ magnitudinis non est finis. (S. Germ., Orat. de dormit. Deip.)

(8) Vitis semper vicens. (S. Greg. Taum., Serm. I de Annunt.; Eccli. XXIV, 23.)

por su correspondencia fiel á la gracia, y por ello tan santa, que más santo solo Dios (1).

A vista de tanta belleza, de tanta gracia y santidad, nacerá en vosotros la admiración, y os sentireis movidos á ensalzarla con júbilo del alma extasiada ante sus grandezas. Vuestro corazón respirará alabanzas á María, y encontrará dulce ocupación en unirse á Dios, que la aclama toda hermosa, y en los místicos Cantares le dirige plácemes de admiración y de ternura. Os unireis á los ángeles, que la saludan llena de gracia, y exclaman. ¿Quién es esta que se adelanta como la aurora al levantarse, bella como la luna, escogida como el sol, terrible como ejército en batalla? (2) Os unireis á la santa Iglesia y á sus Doctores, que agotan las riquezas de su genio para ensalzarla día y noche, hasta exclamar con San Agustín: Yo no sé qué alabanzas dirigirte, Virgen Santa, porque si te llamo forma ó imagen de Dios, te encuentro digna de este título (3), y aunque todos nuestros miembros se convirtieran en lenguas, no serían suficientes para alabarte (4).

Ved, hermanos míos, el primer sentimiento de la devoción á María; la admiración y la alabanza. Hé aquí por qué el devotísimo San Bernardo decía: No hay cosa que más me deleite, que hablar de la gloria de esta Virgen Madre (5). ¿Quién se cansará de hacerlo, cuando la

(1) Nihil tibi, Domina, est æquale: omne quod est, aut supra te est, aut infra; quod supra, solus Deus; quod infra, est omne quod non est Deus. (S. Anselm. apud Pelb. Stell. 2, Part. 3, art. 2.)

(2) Cant. Cantic., VI, 9.

(3) Quibus te laudibus efferam nescio, nam si formam Dei te appellem, dignam existimo. (S. Aug.)

(4) Etiam si omnium nostrum membra verterentur in linguas, eam laudare sufficeret nullus. (Id. apud B. Dion. Carth.)

(5) Non est equidem quod me magis delectet, quam de gloria Virginis matris habere sermonem. (S. Bern., Serm. 4 de Assumpt.)

alabanza de María es una fuente tan grande, que cuanto más se dilata, tanto más se llena; y cuanto más se llena, tanto más se dilata? (1) Regocíjate, alma mia, exclama San Buenaventura, y alégrate alabando á María, porque son muchos los bienes preparados á los que lo hacen (2). Si todas las Escrituras se escribieron en su alabanza (3), procuremos siempre con el corazon y con la lengua celebrar á esta divina Madre, para que nos eleve ella un dia á la eterna bienaventuranza (4).

Contempladla, os digo otra vez, y la vereis encumbrada á una dignidad sin igual, que resume todas sus grandezas. María es la Madre de Dios. ¡Madre de Dios! ¿Quién podrá medir la sublimidad de este título? ¡Ah! no es posible al entendimiento del hombre; ni los ángeles pueden comprenderla, ni la misma que lo obtiene (5), porque es una dignidad infinita cuya alteza solo Dios alcanza (6). Esta dignidad la eleva á la mayor grandeza que puede Dios conferir á una criatura (7). Puede el Criador, dice San Buenaventura con Santo Tomás, criar

(1) Laus Mariæ fons est indeficiens, qui quanto amplius tenditur, tanto amplius impletur; quanto amplius impletur, tanto amplius dilatur. (*Ab. Francon. in Bibliot. Patr.*)

(2) Exulta, exulta, anima mea, et lætare in illa; quia multa bona sunt laudatoribus præparata. (*S. Bonav.*)

(3) Nusquam est ubi Scripturam divinitus inspiratam lustrans, non varie perspersa ejus nomina quis videat. (*S. Andr. Cret., Serm. 2 de Nativ. B. M. V.*)

(4) Si enim omnes Scripturæ loquuntur de ea, Deiparam perpetuo corde et lingua celebremus, ut ab ipsa ad gaudia æterna perducamur. (*S. Bonav. apud S. Ligor. introd. ad lib. de Glorias Mariæ.*)

(5) Audacter dico, quod nec ipsa plene explicare poterit quod capere potuit. (*S. Eug. sup. Magnif.*)

(6) Tanta est perfectio Virginis, ut soli Deo cognoscenda reservatur. (*S. Bern. Sen., Serm. 4 de Concept. Virg.*)

(7) Status maternitatis Dei erat summus status qui puræ creaturæ dari posset. (*Id. tom. 3, serm. 6, art. 3, cap. 1.*)

un mundo mayor, un cielo más grande, pero no puede hacer otra criatura mayor que su Madre (1), que para serlo necesitó ser exaltada á cierta igualdad con las Personas divinas por una casi infinidad de gracias (2), y que exaltada ya, tiene una especie de union con una Persona divina (3), y á ella se une Dios con modo singular de identidad, haciéndose una misma cosa con ella (4), de modo que no puede estar más unida con Dios, sino haciéndose Dios (5).

¿Quién, al descubrir tan alta dignidad, no se humilla y se postra ante la Santísima Virgen, como los ángeles se humillan y encojen sus alas ante Dios? Enmudezca y tiemble toda criatura, exclama San Bernardino, y apenas se atreva á poner los ojos en la inmensidad de gloria tan sublime. Dios habita en la Virgen, teniendo con ella identidad de una naturaleza (6). Adorad á Dios en su santo atrio, dice David (7), y ese atrio es el seno inmaculado de María, tabernáculo de Dios para habitar

(1) Esse Matrem Dei est gratia maxima puræ creaturæ conferibilis. Ipsa est quam majorem facere non potest Deus. Majorem mundum facere potest Deus, majus cælum, majorem quam Matrem Dei facere non potest. (*S. Bonav. in Spec. Virg. lect. 10.*) Beata Virgo, ex hoc quod est Mater Dei habet quamdam dignitatem infinitam, ex bono infinito, quod est Deus, et ex parte non potest fieri melius. (*D. Thom., 1 p., q. 25, art. 6, ad 4.*)

(2) Quod fæmina conciperet et pareret Deum, oportuit eam elevari ad quamdam æqualitatem divinam, per quamdam infinitatem gratiarum. (*S. Bernard. Sen., tom. 1, Serm. 61, cap. 16.*)

(3) Est quædam suprema conjunctio cum persona infinita. (*D. Thom., 1 p., q. 25, art. 6.*)

(4) Quarto modo inest Deus creaturæ, scilicet Mariæ Virgini per identitatem, quia idem est quam illa. (*S. Petr. Dam., Serm. 1 de Nativ. Virg.*)

(5) Magis Deo conjungi, nisi fieret Deus, non potuit. (*Alb. Magn. super Missus, cap. 180.*)

(6) Hic taceat et contremiscat omnis creatura, et vix audeat aspicere tantæ dignitatis immensitatem. Habitat Deus in Virgine, cum qua unius naturæ habet identitatem. (*S. Bernard. Sen., tom. 1, Serm. 61.*)

(7) Psalm. XCV, 9.

con los hombres (1). A Moisés, que se acercaba á la zarza, le dijo el Señor: Descálzate, porque tierra santa es la que pisas, y merece ser tratada con respeto y con honor (2). María es la tierra santa y pura de que se forma el nuevo Adán (3), y la zarza que arde sin consumirse, porque en ella está Dios (4).

¿Comprendéis ya, hermanos míos, cuán digna de honor y de respeto es la gran Madre de Dios? Si sobre ella solo está Dios, solo á Dios debemos dar más honor que á ella. Honrarla, respetar su nombre y sus imágenes, humillarnos ante ella reconociendo su grandeza; hé aquí el sentimiento de devoción que inspira la idea de su elevación, hé aquí lo que han hecho y hacen cuantos le son verdaderamente devotos, y lo que les asegura protección en la tierra y felicidad en el cielo. ¡Ah! honradla con respeto profundo, hermanos míos, porque cumpliendo con ello un deber, atesoráis vida eterna (5): á los que la honran en la tierra, los honrará María en el cielo, dice Ricardo de San Víctor (6).

Dirigid ahora una mirada hácia el Calvario, y descubriréis otro título de María, origen de sentimientos los más puros en nuestros corazones. María, la Madre de Dios, es nuestra Madre. Escuchad las palabras de Jesucristo: «Mujer, ahí tienes á tu hijo: Discípulo, ahí tienes

(1) Apoc. XXI, 3.—Tabernaculum Altissimi. (S. Method. Orat. in Hippapante.)

(2) Exod. III, 4, 5.

(3) Ave sis, sancta Virginalis terra, ex qua novus Adam ineffabili divina fictione veteri recuperando susceptus est. (S. Andr. Cret., Serm. 1 de Annunt.)

(4) Ecclesia in Offic. Purific. B. M. V.

(5) Honorare Mariam est thesaurizare vitam æternam. (Ric. á S. Laur., de Laud. Virg., lib. 2.)

(6) Honorificantes se in hoc sæculo, honorificabit in futuro. (Id. id.)

á tu Madre (1).» Cuando yo las contemplo, dos ideas me asaltan, y apoderándose de mi espíritu, me llenan de entusiasmo santo y de júbilo inexplicable. Parece que no contento Dios con haber enriquecido el alma de María con gracias singularísimas para hacerla Madre suya, no contento con prepararle una corona en el cielo, donde comparte con su Hijo el imperio del mundo, quiere darle más, porque esto le parece poco; quiere darle y le da una cualidad y un título que le atraiga las bendiciones, los obsequios y el amor de todos los hombres. Y se vuelve á ella, y señalándole con los ojos al discípulo amado, le dice con voz tierna: Mujer, ahí tienes á tu hijo, y Juan la toma por Madre (2), y el mundo entero le da este nombre, y allá donde se planta la cruz del Hijo de María, allí se oye la voz del Crucificado, que le dice: Mujer, ahí tienes á tus hijos: su amor y sus obsequios son tu herencia: no hallo en la tierra otra cosa más grande que ofrecerte en recompensa de tus sacrificios por los hombres. ¡Ah! nuestro amor es el premio de los dolores de María. ¿Quién se creará dispensado de amarla? ¿Quién pondrá medida á este amor? Parece también que Jesús no se satisface con anonadarse y hacerse hombre por nosotros, ni con dejarnos su cuerpo y su sangre en alimento, ni con morir en un patíbulo por nuestro amor; le parece poco, y no cree habérselo dado todo, si no nos deja á María por Madre. Por ello, volviéndose á cada uno de nosotros en la persona de San Juan, que al pié de la cruz nos representaba, nos dice: Ahí tienes á tu Madre; como si dijera: Voy á morir, y mi amor no sufre dejaros huérfanos (3); os

(1) Joann. XIX, 26, 27.

(2) Id. id., 27.

(3) Id. XIV, 18.

doy, pues, por Madre á mi misma Madre. Yo no he encontrado otra criatura más amable, más tierna, más santa ni más digna de ser mi Madre, que María; pues bien, no quiero que vosotros seais menos que yo, porque os amo tanto como á mí mismo, y aún más, ya muero por vosotros (1). María, mi Madre, es vuestra Madre. ¡Oh qué amor! ¿Quién no corresponderá á él? ¿Quién dejará de confiar en María? ¿Quién se negará á darlo todo por el amor de Jesus y de María?

Amar á la Santísima Virgen: este es el encargo que nos hace Jesus, este es el sentimiento esencial de la devocion hácia ella. La devocion es una consagracion de nuestro corazon al suyo, y los corazones no se unen sino por amor. Amadla, pues, hermanos míos, con todo vuestro corazon. Dios la ama tanto, dice San Anselmo, que le da lo que más ama, le da á su Hijo para que sea su Madre (2). Amémosla nosotros dándole lo más amado, dándole nuestro corazon para que nos trate como á hijos. Ella ama á los que la aman (3), y los ama para llenar los tesoros de sus corazones (4). Amadla como hijos á su madre, diciéndole con San Anselmo: «Arda siempre mi corazon en vuestro amor, y consúmase mi alma toda en ese fuego (5).» Si lo haceis ella os amará más, porque es la más amante entre los que aman, y su amor es inven-

(1) Gal. II, 20; Joann. X, 15.

(2) Intendat mens humana, videat et admiretur. Unicum filium sibi consubstantialem Deus progenit. Hunc sibi tan unicum, et in omnibus sibi æqualem, non est passus remanere solummodo suum, sed eundem ipsum voluit esse B. Mariæ unicum et dilectissimum et naturalem filium, ut unus et idem ipse qui Filius Dei est, in una persona Filius esset S. Mariæ, et qui Filius S. Mariæ, idem Filius Dei. (S. Anselm., de Excell. Virg., cap. 3.)

(3) Prov. VIII, 17.

(4) Id. id., 21.

(5) Vestri continuo amore langueat cor meum, liquefiat anima mea. (S. Anselm. in Deprec. ad Virg.)

cible (1); no quiere ser vencida en este punto, y devuelve duplicado con beneficios inefables el amor que se le tiene (2).

Pero el amor supone y pide semejanza entre los amantes; solo así es perfecto y duradero, porque solo así hay simpatía entre los que se buscan para unirse. Es decir, hermanos míos, que debeis imitar á la Santísima Virgen. El que ama verdaderamente, procura copiar en sí las perfecciones del amado, para identificarse con él. Ahora bien: la Santísima Virgen es un modelo que Dios nos pone delante, y cuando complacidos contemplamos sus virtudes, puede decirnos como Jesucristo: Os he dado ejemplo, hijos míos, para que hagais lo que yo he hecho (3); haced esto, y vivireis (4). Dios quiere que seamos santos (5), y para que lo seamos nos pone delante á nuestra Madre, cuya vida es regla de perfeccion para todos los estados (6). ¿Nospreciaremos de ser sus devotos si no procuramos su imitacion? Para expresar con un solo rasgo la perfeccion de María, dijo San Agustin: «Cual es el Hijo, tal es la Madre (7).» ¿Quién no encontrará su mayor gloria en que se diga de él: Cual es la Madre, así es el Hijo?

Hé aquí, hermanos míos, la demostracion práctica de la devocion á la Santísima Virgen. Ella es la imágen perfecta, es el tipo de la virtud en su belleza y en sus

(1) Scio, Domina, quia amantissima es, et amas nos amore invincibili. (S. Petr. Dam., Serm. 1 de Nativ. B. Virg.)

(2) Nunquam in hoc certamine à nobis ipsa vincetur. Amorem redhibet, et præterita beneficia semper nobis adauget. (Pacciuchel., de B. Virg.)

(3) Joann. XIII, 15.

(4) Luc. X, 28.

(5) I Thessal. IV, 3.

(6) Talis fuit Maria, ut ejus unius vita omnium sit disciplina. (S. Ambr., lib. 2 de Virg., cap. 2.)

(7) Qualis Filius, ita est Mater. (S. Aug., Serm. 10 ad fratres in Eremo.)